

# LA ESTRATEGIA NAVAL SOVIETICA: EL MAYOR DESAFIO AL OCCIDENTE EN EL MAR

Por  
Wolfgang HOPKER



A POTENCIA continental más grande del mundo, en cuanto a su superficie territorial, se ha propuesto convertirse también en la máxima potencia naval. Muy por delante de Gran Bretaña, que fuera soberana de los mares, y en reñida competencia con Estados Unidos, Rusia está ejerciendo presión en alta mar con la creación de una Armada oceánica. Se dice que éste es el mayor desafío al Occidente desde el nacimiento del imperialismo ruso. Es el buque, y no el tanque, el elemento militar al cual dan prioridad hoy día. El mar, carretera indestructible, está abierto a todos y la Unión Soviética ha comprendido el significado del dominio del mar. Tras las ambiciones marítimas de los jefes del Kremlin está la convicción de que el enfrentamiento en el conflicto Oriente-Occidente está desplazándose más que nunca de la tierra hacia el mar.

Política naval es política exterior, mantiene lista una amenaza, pero tiene su principal esfera de acción en la demostración de poder político. A causa del empate nuclear de las dos superpotencias, la Unión Soviética no puede desear una gran guerra. El fortalecimiento de sus fuerzas navales tiene como objetivo principal agregar otro medio de presión ex-

pansiva a su poder militar basado en tierra y al mismo tiempo ganar predominio político en Europa.

Esto puede parecer artificioso y exagerado. No obstante, en medio de la fase de distensión en las relaciones Oriente-Occidente, la Unión Soviética ha demostrado su poder en alta mar. En efecto, con el ejercicio "Okean 75", la flota roja dio a conocer que tiene capacidad de operar a escala global, muy lejos de los mares costeros de la esfera soviética y los extensos movimientos de su flota demostraron, sobre todo, que los comandantes soviéticos pueden trasladar unidades de un área oceánica a otra.

Después de muchas vacilaciones, el Occidente abandonó la imagen militar tradicional y de mala gana empezó a reconocer que el avance soviético sobre los mares implicaba un cambio revolucionario en el escenario mundial. Con la creación de una Armada oceánica este inmenso imperio continental, que cubre una sexta parte de la superficie terrestre del mundo, ha roto los grilletes del confinamiento en tierra y su pretensión de ser una potencia mundial se ha transformado en una directa intervención en todos los continentes. Por primera vez esta Armada que opera en todos los océanos ha dado a la Unión Soviética —dedicada desde hace más de medio siglo a la "re-

volución mundial" por orden de Lenin— los medios para una acción mundial directa.

De acuerdo con el concepto occidental, cuando más útiles resultan las fuerzas armadas es en los tiempos de crisis. Según la doctrina militar soviética son un importante instrumento de política, incluso en tiempo de paz, a través de la presencia, la presión, la intimidación y la amenaza. Exactamente desde ese punto de vista es que la Unión Soviética, mediante la construcción de una Armada oceánica de alcance mundial, ha logrado una segunda opción frente a la alianza occidental. Para expandir su poderío ya no necesita derrotar al enemigo en tierra y tampoco es necesario que el combate se efectúe en Europa Central, donde un avance del ejército rojo provocaría el riesgo de una tercera guerra mundial debido a la concentración de fuerzas militares a ambos lados de la cortina de hierro.

La alianza de la OTAN puede ser paralizada desde el mar aun sin la fuerza de las armas. Según el pensamiento occidental convencional, la seguridad de Europa todavía se identifica con una línea a lo largo de la cortina de hierro, la cual en caso de agresión debe ser defendida con armas atómicas o sin ellas. Pero, ¿para qué habrían de atacar los rusos a través del Elba cuando tienen ante sí un camino mucho menos arriesgado para lograr su objetivo de imponer la hegemonía sobre Europa Occidental? Ya es hora de que el Occidente defina nuevamente su idea de la amenaza. En virtud del peligro para las rutas marítimas y también ante la extensión del potencial atómico en el mar, ésta ha adquirido una mayor amplitud, rebasando la definición actual de estrategia indirecta, que procuraba, principalmente, introducir la insurgencia y las tácticas guerrilleras en el cuadro militar moderno.

El imperio continental gobernado por Moscú, que se extiende desde el Elba al Pacífico, es económicamente autosuficiente y no necesita de la flota roja para proteger sus rutas de abastecimientos. Sin embargo, para el Occidente, las arterias básicas de vida corren a través del mar. La crisis del Medio Oriente a fines de 1973 es un claro ejemplo de lo que

esto puede significar incluso en tiempo de paz, pero mucho más en período de tensión. La tentativa árabe de imponer a Israel el aislamiento y finalmente la capitulación mediante el boicot de los abastecimientos de petróleo a los países occidentales no debe ser considerada sólo como una "crisis de energía" y medirse únicamente por sus consecuencias económicas. Igualmente importantes y aún más críticos a la larga son sus aspectos de seguridad.

Estos últimos han abierto un nuevo panorama de amenazas con un alcance mucho mayor al de las diversas crisis del Medio Oriente dentro del conflicto Oriente-Occidente, cuyas dimensiones no tienen paralelo con otras situaciones anteriores.

Los países petroleros difícilmente podrían haber aplicado su arriesgada política de restricción tan despiadadamente si el gran poder naval ruso no los hubiera respaldado. Moscú se dio cuenta que los árabes habían tenido éxito finalmente en algo que la Unión Soviética nunca había logrado, a pesar de todos sus esfuerzos: precipitar una seria crisis que sirviera para probar la solidaridad de la alianza occidental. Esto puede llamarse "guerra económica por delegación". Indirectamente, a través de los países árabes, Moscú puso en escena una especie de ensayo de lo que puede lograrse con armas atómicas, control y, en caso necesario, restricción de las rutas marítimas para debilitar y agotar a las naciones occidentales y al Japón. En combinación con la flota soviética, las reservas petroleras árabes son consideradas como un medio para presionar a Europa Occidental y aislarla de América, neutralizarla y, en cuanto a reconocer la hegemonía de la Unión Soviética, para "finlandizarla".

Esto guarda estrecha relación con la intención de rodear a Europa por sus dos "flancos marítimos". La relajación de tensión en Europa Central, donde actualmente Moscú tiene dificultades para lograr la legitimación internacional de sus anexiones por intermedio de la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación, automáticamente ha agudizado la presión soviética en el norte y sur de Europa. La Unión Soviética ve que el método más efectivo de superar este equi-

librio en Europa Central es desplazar la presión de dicho sector, relativamente estable, hacia la periferia europea.

Militarmente atajados en el centro, los soviéticos están extendiéndose alrededor del continente para efectuar su presión principal en los bordes. Moscú cree haber encontrado ahí un campo de acción para iniciativas de gran alcance, combinando las operaciones militares con las acciones políticas y subversivas con el objeto de copar desde el mar cualquier acción de la cabeza de puente de Europa Occidental sobre la masa terrestre euroasiática.

Lamentablemente, en lo que se refiere a las conversaciones de Viena sobre reducciones de tropas, el Occidente tiende por lo general a considerar solamente a Europa Central, ignorando el extraordinario fortalecimiento naval soviético.

La principal preocupación de la alianza occidental, hoy día, es el extenso flanco sur europeo, prolongándose desde el Atlántico a través del Mediterráneo hasta el centro de inquietud del Medio Oriente. Las crisis alrededor del Mediterráneo se han producido en una especie de reacción en cadena y es así como la frase de Winston Churchill, "el débil bajo vientre de Europa" ha cobrado una opresiva realidad. Con la crisis del Medio Oriente, agravada por la situación petrolera y la guerra de Chipre que estalló en el verano de 1974, el Mediterráneo Oriental se ha convertido más que nunca en un tormentoso centro de relaciones internacionales. El flanco sudoriental de la OTAN ha perdido su reputación de ser el pilar de la alianza atlántica. Dislocado por la querrela greco-turca, se ha convertido en un signo de interrogación. Con el estallido del centenario antagonismo hereditario entre turcos y griegos, ambos pueblos —para mejor o peor— perdieron de vista su dependencia de la alianza para hacer frente a la presión de los soviéticos en el norte.

Otro signo más de peligro es el entendimiento de Moscú con Libia. Mediante grandes embarques de armas, la Unión Soviética adquirió derechos para establecer bases militares en la costa sur del Mediterráneo. Con la construcción de bases aéreas en la costa norafricana, frente a Italia y Grecia, en el centro mis-

mo de la cuenca mediterránea, la escuadra soviética del Mediterráneo recibirá la cobertura aérea que le había faltado hasta la fecha. El objetivo mínimo de esta escuadra es reducir la influencia occidental, especialmente americana y el máximo es la hegemonía en el Mediterráneo, para asegurar la pretensión de superioridad soviética. Entre sus objetivos mínimo y máximo, la actividad naval soviética se propone rodear Europa desde el sur debilitando la posición de la alianza occidental.

Un concepto fundamental del estado mayor rojo es el envolvimiento de Europa por el mar. La situación crítica en el flanco sur no debe oscurecer el peligro en el flanco norte. Eso se aplica al Báltico, el cual con su potencial de construcción y entrenamiento es el punto de partida de la actual expansión soviética mundial en el mar. Sin embargo, se aplica sobre todo a la concentración en el Océano Ártico, donde los soviéticos han reunido un conglomerado de fuerzas navales, aéreas y terrestres que pueden caracterizarse como el mayor complejo militar del mundo en la actualidad. El Báltico y el Mar del Norte, limitados por los estrechos daneses, no solamente son una unidad estratégica para la Unión Soviética; la superioridad de sus fuerzas navales en el Báltico facilita la cooperación operativa con la flota del mar noruego, que forma una especie de tenaza alrededor de la península escandinava. A su vez, este concepto de flanqueo de Moscú, está inseparablemente entrelazado con objetivos estratégicos terrestres en Europa Central; otro signo de que los sectores norte, central y sur de la OTAN no deberían ser divididos en distritos individuales.

La concentración de fuerzas navales de ataque frente al norte de Europa aspira a una salida hacia el Atlántico abierto, a través del cual pasan las rutas vitales de comunicación de la alianza occidental, las arterias que unen a Europa Occidental con Norteamérica. Si bien los soviéticos todavía aspiran a objetivos limitados en el Mediterráneo, los mares costeros europeos del norte forman la base de su gran ofensiva estratégica con la cual tratarían de separar a Europa Occidental de su "hinterland" americano, causando

automáticamente el colapso del frente defensivo europeo. La línea defensiva Lübeck-Hof-Passau (Lübeck - Trieste) sería vencida desde afuera, por el mar.

La guerra en el mar no sabe de fronteras que puedan ser cambiadas por fuerzas antagónicas mediante el ataque y el contraataque. No se presta para una filosofía Maginot. Sólo puede ser comprendida en términos flexibles y amplios. Esta condición fundamental no excluye una pregunta crucial: ¿dónde se encuentran los puntos vitales de reunión del Occidente en el Atlántico Norte? El Mar de Barents, que se extiende desde Kolafjord, teniendo a Murmansk como punto central, se ha convertido ya en un mar soviético, alejado del control y la inspección occidental. Parece que el mar noruego también ha sido escogido para convertirlo en una especie de lago soviético según los planes del mando naval rojo. A juzgar por las maniobras de su Armada, se hace cada vez más evidente que gran parte de Noruega ya se encuentra detrás de la línea operativa soviética de vanguardia. Los rusos mencionan abiertamente que la defensa occidental sería desplegada en los estrechos entre Islandia, Escocia y Noruega Central.

La estrategia atlántica asume una nueva dimensión con la extensión de la guerra atómica hacia el mar. Excede los límites de la guerra naval clásica. Los submarinos portadores de armas nucleares no constituyen un medio de guerra naval, sino más bien baterías flotantes de misiles apuntados a objetivos terrestres. La Armada se ve reducida así a desempeñar el papel de un depositario. Aparte de los misiles intercontinentales y de los bombarderos estratégicos a gran distancia, la flota de submarinos lanzamisiles de Estados Unidos es el medio de disuasión más efectivo. Una importante razón del actual fortalecimiento naval soviético es la intención de paralizar el potencial naval atómico de Estados Unidos en el Atlántico Norte, si ello fuera posible. Con el mismo objetivo, la flota soviética está movilizándose para amenazar las regiones costeras de la OTAN, tanto en Europa como en América, mediante la creación de su propia flota submarina armada con misiles balísticos.

La alianza fundada hace un cuarto de siglo considera únicamente al Atlántico

Norte como su zona defensiva. La limitación o confinamiento de la OTAN a la zona oceánica ubicada al norte del Trópico de Cáncer se ha vuelto cada vez más discutible ante la expansión oceánica de la flota roja. El vacío que exhibe el Atlántico Sur en el cuadro de la alianza occidental representa una creciente tentación para los soviéticos. El papel de Cuba como base soviética guarda relación con el establecimiento de la base naval y aérea de Conakry al oeste de África. A través de la parte más estrecha del océano se extiende así una línea de control patrullada por aviones soviéticos, o sea, una cintura de avispa desde Conakry a través de las islas de Cabo Verde entrando por el Caribe hasta Cuba. Hoy ya no puede decirse que el Atlántico Sur sea un mar de nadie. Ha ganado importancia gracias al cambio de las grandes rutas marítimas entre Europa y Asia a través del Cabo de Buena Esperanza que se hizo necesario debido al bloqueo del Canal de Suez. Lo más importante de todo fue el cambio de ruta del flujo petrolero que sigue un rumbo desde el Golfo Pérsico —la región petrolera más rica de la Tierra— alrededor del extremo sur de África hacia Europa Occidental. Debido a la tendencia a construir superpetroleros y contenedores, la ruta del Cabo ha seguido siendo una de las grandes arterias del tráfico mundial incluso después de la reapertura del Canal de Suez.

Con seguridad, la doctrina de la OTAN de que un ataque a un miembro de la alianza será considerado como un ataque contra todos los demás miembros, difícilmente podría extenderse al Atlántico Sur. No obstante, la limitación de la solidaridad occidental al área del Pacto del Atlántico Norte no significa que las fuerzas de la OTAN no puedan encargarse del control del mar y de realizar funciones defensivas en otras zonas. Brasil, siguiendo el ejemplo japonés, ha empezado a surgir como una virtual potencia económica del Nuevo Mundo y mediante un amplio programa naval ha demostrado reconocer su responsabilidad en el Atlántico Sur. A su vez, esto tiene relación con los esfuerzos defensivos de África del Sur, que, gracias a su posición geoestratégica clave en el Atlántico y el Océano Índico, constituye un obstáculo muy molesto para los planes defensivos de la flota soviética y sería conveniente

para los intereses defensivos generales de Europa Occidental y América apoyar a esta nación mediante la colaboración militar.

La reapertura del Canal de Suez otorga ventajas estratégicas principalmente a la Unión Soviética. Las dimensiones actuales del canal permiten el tránsito de toda clase de buques de guerra soviéticos, hasta de los cruceros más grandes e incluso de los portaaviones que en breve serán operativos. Lo más grave es el acceso soviético al Océano Indico, cuya distancia se ha acortado drásticamente con la reapertura del canal. La concentración de la escuadra soviética en el Mediterráneo era relativamente infructuosa mientras no estuviera asegurada la comunicación entre el Mediterráneo y el Océano Indico por el paso directo de norte a sur. Ahora, la concentración de la flota soviética en el Mediterráneo Oriental significa más que una amenaza al flanco sur de Europa; es aplicada a una escala estratégica aún mayor.

El Océano Indico es el único gran mar al cual el imperio continental soviético no tiene acceso directo. No obstante, a pesar de todas las desventajas geográficas, en estos últimos años ha aumentado diez veces su presencia naval en dicho océano. La causa de esta presencia es antioccidental, pero también antichina. Moscú está movilizándose para contener a su gran rival chino que hace gala de crecientes ambiciones marítimas. Hasta en el Océano Indico Moscú mostrará su bandera para aumentar su influencia. Sin embargo, despojada de sus aspectos sicopolíticos locales, la misión general de la flota soviética surge como un plan para trabajar en conjunto con la flota del Pacífico reunida alrededor de Vladivostok con el objeto de cambiar la situación estratégica en el sur y sudeste de Asia, como ocurrió en la región arábiga.

Por ello, la situación soviética en el Mediterráneo se relacionaría estrecha-

mente con la del Océano Indico, dando por resultado una organización estratégica que rodea la península arábiga, se extiende hacia el Golfo Pérsico y alcanza hasta las costas de la India, la cual mantiene una estrecha cooperación militar con Moscú. Respecto al Golfo Pérsico, el Medio Oriente se ha convertido ahora en el cercano sur para la Unión Soviética. Los intereses petroleros se confunden con la estrategia. La perspectiva de poder quitarle el petróleo del golfo al Occidente es uno de los mayores alicientes para la estrategia global soviética. Por consiguiente la Armada roja está tratando de crear un sistema de bases a lo largo de la ruta que siguen los petroleros desde el Golfo Pérsico. Esto concierne al flanco oriental del continente africano como también a posiciones en el Mar Rojo, el cual, a semejanza del Mediterráneo Oriental, figura como un posible lago soviético en los planes del estado mayor general rojo.

Mientras los países occidentales se inclinaban a considerar a la Armada como un arma del pasado, la Unión Soviética procedía a convertir a su flota en un arma del futuro. Tras la pantalla de humo de la distensión, mediante su refuerzo naval, Moscú abrió una completa gama de nuevas posibilidades estratégicas directas y sobre todo indirectas para las aspiraciones hegemónicas del imperialismo soviético. De la guerra fría a la paz candente, el Occidente tiene toda clase de motivos para mantenerse en guardia contra un concepto que reemplazaría la Pax Atlántica por la Pax Soviética. Una época marítima ha comenzado; el poder naval será un factor decisivo de poder mundial. La Unión Soviética está determinada a sacar partido de esto y con una intensa dinámica marítima lograr no solamente igualdad, sino también superioridad.

De "Proceedings".

